



Marcelino Menéndez y Pelayo

Alonso de Aguilar en Sierra Bermeja

Poema heroico en octavas reales

Historia del poema

Con el título de Un poema épico de Menéndez y Pelayo publicó Artigas, en el segundo trimestre de 1923 en nuestro Boletín, un breve artículo, en el que se daban noticias sobre este Poema, que hoy nos decidimos a publicar íntegro a pesar de que, con letra de su mano, dejó escrito don Marcelino: «Prohíbo que se publique ni dé a conocer nada de este poema más que su título».

¿Por qué fue tal prohibición y qué alcance puede tener? Esto es lo que vamos a explicar a los lectores para poner en claro nuestro proceder, en primer término, y para que nos absuelvan del pecadillo que cometemos, si por tal lo juzgan.

Como se verá por la portada que va al frente, en 1871, o sea el año en que terminaba Menéndez Pelayo su Bachillerato en Artes, como entonces se llamaba, concluía también su famoso poema de D. Alonso de Aguilar en Sierra Bermeja. «Comenzose este poema, dice en una de sus cuartillas autógrafas, a 15 días del mes de Mayo de 1871 en Santander». Cuando a fines de septiembre de este año salió para Barcelona con su tutor don José Ramón Luanco, llevaba ya pergeñado

todo el borrador de la famosa composición poética. «Acabose este poema, dice en otra parte, a 12 días del mes de Setiembre en Santander».

He aquí un chico que sin cumplir los 15 años había compuesto, ya un largo poema heroico en sonoras octavas reales. Torcuato Tasso comenzó su primer poema Rinaldo a los 16 años y no lo terminó hasta los 18; y perdónesenos este recuerdo que no viene a establecer comparaciones, inoportunas y, hasta si se quiere, desorbitadas, sino a mostrar lo madrugador en todo del talento de Menéndez Pelayo.

Con su poema en el baúl -con baúl se viajaba entonces y con baúl viajó él toda su vida- llegó Menéndez Pelayo a Barcelona; y con el poema escrito en cuadernillos de folio, uno para cada canto, y arrollados debajo del brazo, iba de acá para allá, ahora a las clases, luego a la biblioteca, haciendo en las octavas las enmiendas que se le iban ocurriendo. Su tutor Luanco, hombre de buen humor, le embromaba frecuentemente a cuenta de las musas, no por mortificarle, sino por verle reaccionar y defenderse. El instrumento, es decir, el rollo poético de Marcelino, era objeto de cuchufletas y hasta de pareados, de los que don José Ramón era buen improvisador.

Pero don Marcelino Menéndez Pintado, el padre del juvenil poeta, lo había tomado muy por lo serio; él iba copiando con su clarísima letra las octavas que, bien pulidas ya y con su última lima, le enviaba el hijo a Santander: «Bien por la lección de Poética, le decía en 10 de enero de 1872; pero al dárme la te olvidaste, hijo mío, de que yo estoy poco fuerte en eso; así es que al mandarte la octava para que la reformases, si te parecía conveniente, sólo lo hacia porque no me sonaba bien; por lo demás, con haberme dicho que estaba ajustada a las buenas reglas, bastaba; de todos modos mándamela otra vez, porque no me he quedado con copia».

Y Marcelinito no sólo le devolvía aquella octava ajustada a las buenas reglas para que el padre la copiase tal como quedó en su primera y correcta redacción, sino otras muchas octavas nuevas para otro canto más; canto histórico que podía servir de introducción al Poema. Este canto, al que llama el padre Cuarto, pero que en realidad es el Primero, o el de Introducción histórica, sin numerar como lo insertamos en esta edición, fue compuesto ya todo él en Barcelona y resulta un añadido nada pertinente al asunto del Poema, aun tomando las cosas ab ovo.

Sin embargo al padre -que hemos visto por la corrección de la octava que no podía presumir de crítico literario- le agradaban los nuevos versos: «Me gustan mucho las primeras octavas del Canto Cuarto y tengo grandes deseos de que lo concluyas para poder enseñarlo a algunos amigos. No dejes de decirme el juicio que del poema forme el señor Milá».

Yo no sé si leyó Menéndez Pelayo el Poema a su maestro Milá y Fontanals; era demasiado grave y serio aquel don Manuel; pero a quien sin duda se lo leyó fue a don Joaquín Rubió y Ors, su catedrático de Historia, padre de su, desde los primeros momentos, íntimo amigo Antonio, en casa del cual pasaba la tarde muchos

domingos, y comía frecuentemente. El mozuco santanderino entretenía a toda aquella familia reunida, recitando versos propios y de otros autores que conservaba frescos en su memoria. Más tarde el simpático Gayter del Llobregat escribía a su exdiscípulo y ya colega en la cátedra, al recibir la primera edición de sus Odas, Epístolas y Tragedias, disculpándose de su incompetencia para juzgar bien tales poesías: «Una cosa puedo sin embargo señalar y me glorio en ello, y es que adiviné en usted al poeta de dotes no comunes y de privilegiado ingenio antes de que los demás supiesen que hacía usted versos».

Sí, señor, aquellas épicas octavas que había recitado en casa de Rubió y Ors y que tal vez había oído también su maestro Vidal y Valenciano y que le aplaudían los compañeros cuando entre clase y clase se las leía, que obtuvieron muchos plácemes para el padre al enseñárselas orgulloso a algunos amigos, merecían ir a las prensas; había que publicar el Poema.

De eso se trató aquel verano del 1872 cuando Marcelinito regresó a Santander en vacaciones. El tío Baldomero, hermano de su padre, que por entonces vivía en Madrid, como escritor y hasta autor dramático aliquando, y como político, debía relacionarse con don Benito Pérez Galdós, quien tenía autoridad en varias revistas literarias de la que, por gracia de la aceptación de la Corona de España por Don Amadeo de Saboya, acababa de volver a ser Villa y Corte. Y habló en efecto don Baldomero a don Bonito, y prometióle éste que publicaría el poema de su sobrino: «Baldomero me ha escrito, le decía su papá en carta de 17 de octubre del 72, diciéndome que ha visto a Pérez Galdós, el cual ha quedado en avisarle cuando se vaya a publicar el Poema; pero no le ha dicho cuándo será».

Y en espera de ese aviso de Galdós quedan padre e hijo impacientes y soñando con ver pronto en letras de molde el famoso Poema; Sueñan ambos, pero no la madre, poco letrada, es cierto, pero muy equilibrada señora, a quien preocupan ya tantos afanes literarios de su hijo, tanta absorción por los libros y tantas distracciones en las cosas más triviales de la vida; la preocupan y hasta la encelan. Es un insensato, dice ella con frecuencia; parece que quiere más a su Ovidio y su Oracio (sic) que a su madre.

El Poema no acaba de salir a pública luz; pero eran ya tantos los que de él habían oído hablar, los que habían leído algunas octavas, que la impaciencia por conocer la composición hubo que calmarla dando una lectura en público: «El viernes, le escribe el padre en 23 de octubre del 72, se celebró por fin la sesión literaria en este Ateneo, en la cual se leyó la Introducción y el Primer Canto del Poema; para lo cual de acuerdo con Juan, (327) saqué una copia con las correcciones que tú habías hecho, sólo que le pareció a Juan que no debíamos suprimir las primeras octavas. Gustó mucho y la prensa local, al hacer las reseñas de la sesión, te dedica frases muy lisonjeras; otro día te remitiré las reseñas, pues hoy no tengo los periódicos».

Todo era parabienes y enhorabuenas; la gente de letras de

Santander, después de la lectura que en el Ateneo había dado don Víctor Oscáriz, catedrático de Retórica en el Instituto, no hacía más que hablar del famoso Poema y de su jovencísimo, casi infantil, autor. Pero en Madrid no marchaban las cosas tan esperanzadoramente como en un principio. Pérez Galdós comenzaba a disculparse con aquello de la abundancia de materiales, según comunicaba al tío Baldomero en los primeros días de noviembre; y transcurrió todo aquel año del 72 sin que saliesen a luz las octavas reales del estudiante santanderino.

A principios de 1873 interviene Pereda con Galdós y le apremia para que dé a la stampa el D. Alonso de Aguilar en Sierra Bermeja. D. Benito no se niega, pero expone nuevas dificultades: ¡Es tan largo aquel poema para darlo en un artículo de revista! Así lo dice para conocimiento del propio autor y de su buen padre. Éste comenta con el hijo en carta de 7 de febrero del 73: «También a mí me ha escrito Baldomero, diciéndome lo mismo que a ti; mucho siento la mutilación que va a sufrir el Poema, pero no estoy conforme en lo de suprimir el primer canto; en lo que Juanito opina lo mismo que yo, creyendo uno y otro que debes dejarlo al criterio de Pérez Galdós y esperar el resultado que ya no se hará esperar mucho tiempo».

Mas a pesar de la supresión de ese primer canto histórico sobre la Discordia, supresión muy acertada, pues aligera y queda más ceñido al asunto el relato, Galdós no se daba prisa a publicar el tan traído y llevado Poema; «para las Calendas Griegas» opina don Marcelino, padre, que va dejando este negocio. Menéndez Pelayo gestiona entonces la publicación de sus versos en Barcelona. Ha leído sus cantos a varios amigos literatos y todos se los aplauden; pero como Galdós, con estos o los otros pretextos, ninguno se decide a publicarlos.

Va sintiendo desvanecerse su primera ilusión, sus sueños de poeta novel; no consigue ver en letras de molde aquel su primer ensayo, para el que ya, desde 1871, tenía hecha la portada anunciadora de la primera de las Obras del Bachiller en Artes, Marcelino Menéndez y Pelayo.

Aquello se ponía serio. Luanco, su tutor, ya no le gastaba bromitas con el instrumento; el padre había terminado de hacer copias y más copias de cantos enteros, y ya en sus cartas no le habla más de Baldomero ni de Pereda, ni de Galdós, ni de D. Alonso de Aguilar. Hay en la correspondencia como un tácito convenio de no volver a tratar aquel asunto desagradable.

Hay además otras cosas que están cambiando rápidamente. Aunque sus papás le llaman todavía Marcelinito, le recomiendan ya que se afeite de vez en cuando para que esté presentable; va a cumplir los 17 años; estudia el segundo curso de Facultad y, lo que es más importante... se ha enamorado. Es ya un hombre y empieza a ver el mundo con otros ojos; no son las aventuras guerreras de D. Alonso las que le seducen; ahora, su dulce Belisa le ha embargado por completo los sentidos:

«Yo vi, señora, tu beldad riente

En la sonante playa laletana,

Donde eleva Favencia la romana
Hacia las nubes su murada frente.

Te vi, te amé, mi corazón fue preso
Entre los rayos de tus claros ojos,
Entre las redes de tu crencha hermosa;
¡Feliz quien pueda, de tus labios rojos
Ebrio de amor arrebatarse un beso,
Y venga sobre mí la muerte odiosa!»

Y allá van ahora sonetos en serie a su primer amor, aquella «hija cual yo de la Cantabria fuerte», que le traía anyoranzas de su tierra y despertaba en él nueva inspiración. ¡Pobre D. Alonso de Aguilar! En el fondo del baúl -mundo del estudiante yacía fajado como una momia egipcia en su ataúd. Ya no volvió a acordarse de él. Quizá al regresar a su hogar en el verano de 1873 echó una mirada, entre enfadada y desdeñosa, al famoso rollo, y lo guardó detrás de aquella nueva estantería que acababa de mandar construir su padre, y de la que le había cedido dos terceras partes para que colocase su ya abundante biblioteca.

Aquel curso del 73 al 74 fue a estudiar en la Universidad de Madrid, y desde allí mandaba colaboración para *Miscelánea Científica y Literaria*, de Barcelona. Algunas de aquellas «diferentes poesías del autor», que habían de acompañar al D. Alonso de Aguilar, cuando se publicase el primer volumen de las proyectadas *Obras de Marcelino Menéndez Pelayo*, Bachiller en Artes, aparecieron en la revista barcelonesa durante el 1874.

Terminada brillantemente su carrera en el curso del 73 al 74, doctor ya en letras en 1875, sin haber cumplido los 19 años, comenzó, de vuelta a su hogar, a hacer proyectos y a revisar apuntes y papeles. Y entre éstos debió de aparecer su D. Alonso, el héroe de Sierra Bermeja, cubierto no del polvo de las batallas, sino del de los anaqueles. D. Marcelino pasó una mirada comprensiva sobre el Poema, y se sonrió inteligentemente, sin pizca de resentimiento ni amargura. Ni los sonetos clásicos que había dedicado a su Belisa le satisfacían; ensayaba entonces nuevas formas poéticas, escribía en verso blanco, huyendo del martilleo de la rima, traducciones de clásicos griegos y latinos, sáficos y laverdaicos, que enviaba a su amigo y maestro D. Gumersindo, quien amorosamente y parándose en los detalles más nimios, se los retocaba aconsejándole. Caminaba a pasos de gigante al molde más acabado de su expresión poética: la Epístola a Horacio, La Galerna del Sábado de Gloria, la Carta a mis amigos de Santander. Se había convencido de lo que tal vez ya por entonces le habría dicho su amigo D. Juan Valera, quien, hablando de su asombrosa facilidad para versificar, había de expresarse pocos años después con bella frase en el discurso con que le recibió en la Real Academia de la Lengua: «su Pegaso pide más que espuela, freno».

El freno que él supo ir poniendo a su desbordada fantasía, la armonía interna, la euritmia y engarce sonoro de versos y estrofas, que disciplinadamente le hace pasar casi sin sentir, del verso libre a la maravilla de su prosa, en la que a veces los párrafos son también como estrofas de un canto.

Y si en este aspecto de la forma poética estaba ya muy lejos de las octavas de su infantil poema, más aún se había distanciado en cuanto a los asuntos. Ya no canta las armas y los esforzados guerreros al modo clásico, ni los tiernos amores, queriendo emular al divino Herrera, a Dante y a Petrarca:

«Que al nombre celestial de mi

Belisa

Al olvido darían su tormento

Dante, Petrarca y el divino Herrera».

Continúa haciendo versiones de clásicos; pero tanto en éstas, como en las poesías originales, hay una nueva fuente de inspiración, temas de más trascendencia, una rara mezcla de paganía y cristianismo, un nuevo arte de «verter añejo vino en odres nuevos». Y todo ello encuadrado en un fondo filosófico en el que sobresalen las puras, bienaventuradas, ideas platónicas.

En aquel verano de 1875 es cuando traduce *La Hechicera*, de Teócrito, la hechicera que con sus conjuros hace volver al amor que se aleja; dos composiciones de Catulo, aquel Catulo cuyos versos se había aprendido de memoria repasándolos en la edición microscópica que le había regalado Posada Herrera, y que llevaba de chico en el bolsillo del chaleco; dos odas de Horacio, de su Horacio, el «monarca de la lira», al que tal vez ensayaba ya dirigir su famosa Epístola; un fragmento de Petronio sobre cuyo *Satyricón* había tratado largamente en su tesis doctoral; el Himno de Prudencio, poeta cristiano, *A los mártires de Zaragoza*; y los *Sepulcros del descreído Hugo Fóscolo*; y aquella inspiradísima *Paráfrasis de una oda teológica de Sinesio de Cirene*, en versos que no hubiera desdeñado el mismo Fray Luis de León.

«Huyo de la falacia

De profanos amores,

Por el eterno amor que nunca sacia;

De mundanos loores,

Por el divino aliento de la Gracia.

¿Es comparable el oro,
O la beldad terrena,
O de los reyes el tesoro,
O la amorosa pena,
Al pensamiento del Señor que adoro?»

Sí, era ya otro; estaba alcanzando en tan temprana edad la madurez de un hombre de estudios; había dado a luz varios trabajos de crítica literaria: sobre las *Obras inéditas de Cervantes*, publicadas por D. Adolfo de Castro, sobre Pedro de Valencia, *Noticias para la historia de nuestra métrica*, *Noticias literarias sobre los jesuitas españoles extrañados del reino en tiempo de Carlos III*, varias *Noticias bibliográficas*, su peregrina tesis doctoral *La Novela entre los latinos*; tenía dispuesto para la imprenta su estudio sobre Trueba y Cosío y más de 50 biografías para su *Biblioteca de Traductores*, tres de ellas premiadas en un solo

concurso de La Ilustración Española y Americana. Era colaborador de esta revista, de la Revista Histórico-Latina y de la Miscelánea Científica y Literaria, de Barcelona, de la Revista Europea y de La Tertulia; se había hecho ya amigo de Valera, de los Pidales, y de otros muchos hombres de letras madrileños; formaba con los de Santander la Sociedad de Bibliófilos Cántabros y recogía datos para escribir toda una colección o biblioteca de Escritores montañeses; poseía ya sólidos conocimientos científicos, históricos y filosóficos -a pesar de haber querido suspenderle Salmerón en Metafísica el año anterior- como pudo demostrarlo, pocos meses después, al comenzar la polémica sobre La Ciencia Española.

Era por tanto natural que aquel candoroso poema infantil, en el que hay versos que recuerdan mucho los de Quintana, Gallego, el Duque de Rivas, etc., y en los que las imitaciones de los grandes poemas clásicos La Ilíada y La Eneida son tan patentes y directas que a veces parecen calcos, hiciese sonreír a su autor y no quisiera éste que tal ingenuidad poética, que tantas desazones le había proporcionado de niño, viese la luz pública. Y entonces fue -por el mismo carácter de letra ya casi hecha se puede reconocer también la época -cuando, en una de las copias del poema, escrita por su padre, no en el original autógrafa que también se conserva, estampó su prohibición de que se diese a conocer del poema más que el título.

Había que prevenirse; porque su buen padre y su tío Juan -Juanito- y algunos entusiastas amigos, a los que las sonoras estrofas retumbaban aún en los oídos, eran muy capaces de organizar, durante sus proyectadas ausencias, nuevas lecturas públicas del poema, como aquella del Ateneo en el año 72, o de imprimirlo, al menos en edición privada, para que lo conociesen íntegro sus paisanos, sus profesores y amigos.

Este es, a mi modo de ver, el sentido claro de la prohibición de don Marcelino de que se diera a conocer su Poema. La puso al frente de una de las copias del padre, porque para él y los suyos estaba escrita principalmente; si Menéndez Pelayo hubiera deseado que el Poema no se diera jamás a la estampa lo hubiera roto; habría destruido el original y todas las copias en lugar de conservarlas tan cuidadosamente.

No era para darlo entonces a la estampa aquel su ensayo infantil, que nada podía añadir al lauro de poeta, al que aún aspiraba por entonces con todo entusiasmo; pero se daba ya cuenta Menéndez Pelayo de que su personalidad de escritor había de pertenecer a la historia, y que aquellos sus primeros pasos por el camino de la poesía podían interesar al historiador, al biógrafo de mañana. Publicarlo él o consentir que sus deudos publicasen el poema de D. Alonso de Aguilar hubiera sido una inocentada; el que ahora, a los 42 años de muerto su autor y en vísperas de la conmemoración del Centenario de su nacimiento, en el que se han de hacer estudios serios sobre las distintas facetas de la personalidad literaria de don Marcelino, lo demos nosotros a conocer, nos parece un deber, que nos agradecerán muchos y que al mismo autor no había de desagradar.

Enrique Sánchez Reyes

Advertencia histórica

Aunque es bastante conocido el hecho que sirve de argumento a este poema, creemos oportuno dar algunas noticias históricas tomadas de los escritores del siglo XVI y de algún otro posterior. «El año 1500, dice Mármol, los moros de la Sierra y Alpujarras, se rebelaron, diciendo que se les quebrantaban los capítulos de las paces con que se habían entregado. Sabidos estos alborotos en Sevilla, el Rey Católico partió para Granada, a 27 de enero y mandó al Conde de Tendilla y a Gonzalo Hernández de Córdoba que fuesen sobre el castillo de Güéjar, donde se habían recogido algunos moros de los alzados; los cuales fueron luego sobre él y tomándole le destruyeron, no sin gran daño de la gente de armas que llevaban. El Conde de Lerín fue sobre Andarax, porque los moros de aquella taha (comarca), se habían hecho fuertes en el castillo de Lanjar y ganándole por fuerza de armas, voló con pólvora la mezquita mayor. Y el Rey D. Fernando entró por el valle de Lecrín, cercó y ganó el castillo y lugar de Lanjarón, viernes a siete días del mes de marzo, llevando consigo al alcaide de los Donceles, a Gonzalo Mejía, al comendador mayor de Calatrava y a otros muchos señores y caballeros.

«Siendo pues opresos los rebeldes con increíble presteza y allanadas las cosas de la Alpujarra, volvió el Rey a Sevilla. El año 501 se alzaron varios lugares de la Serranía de Ronda y Sierra Bermeja y Villaluenga, y sus Altezas enviaron contra ellos al Conde de Ureña y a D. Alonso de Aguilar. Mas no les sucedió tan prósperamente, pues fueron desbaratados en un lugar, llamado Calaluí, cerca de Ginalguacil, martes en la noche a dieciséis días del mes de marzo, muriendo D. Alonso de Aguilar a manos [242] de un moro llamado el Ferí, vecino de Ben-Estepar. Escapó D. Pedro, su hijo, con los dientes quebrados de una pedrada y el Conde de Ureña y los demás, con grandísimo trabajo.» Hasta aquí Mármol, libro I, cap. XXVIII. (328)

Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, en sus *Quincuagenas* (Bat. I^a, Quin. I^a, Dial. 36), asegura que D. Alonso fue muy gentil capitán y valiente lanza y muchas veces dio testimonio de su animoso esfuerzo.

Abarca, en su obra titulada *Reyes de Aragón*, hace el siguiente elogio del héroe castellano: «Fue sugeto de grande autoridad entre los grandes de su tiempo, por su linaje, por sus prendas personales y por los altos puestos que ocupó así en la paz como en la guerra. Hizo ésta a los infieles, por espacio de cuarenta años, bajo el estandarte de su casa en la niñez y como caudillo de sus gentes más adelante o como virrey de Andalucía y capitán de los ejércitos reales. Fué el quinto señor de su cristiana y belicosa casa que pereció combatiendo por su patria y religión contra la maldita secta de Mahoma y debe creerse que su alma recibió en el cielo la gloriosa palma del soldado cristiano, puesto que iba fortificado con los santos sacramentos de la Confesión y Comunión, que aquella misma mañana recibiera.» (*Reyes de Aragón*, tomo II, página 340 y 341.)

Bleda afirma en su Crónica de los Moros de España (Valencia, 1618; libro 5.º, capítulo 26) que abierto el sepulcro del héroe muchos años después de su muerte, se encontró introducido en sus huesos el hierro de la lanza con que fue herido por el Ferí de Benestepar.

Era D. Alonso natural de Córdoba y hermano mayor del Gran Capitán. Paulo Giovio (*Vita magni Gonsalvi*) hace derivar el nombre de Aguilar del águila, enseña de los guerreros de su casa. Por los servicios de sus antepasados en tiempo de San Fernando, se les concedió el derecho de usar el apellido Córdoba, por el cual fue conocido siempre Gonzalo. Distinguióse mucho en las guerras de Portugal y de Granada, y por su valor y pericia militar llegó a merecer la confianza de sus soberanos. Tuvo en su juventud largas rivalidades con su primo el Conde de Cabra. [243] «El año 876 de la Égira (1471 de la Era Cristiana), dice Conde, pidió campo al Rey de Granada D. Diego de Córdoba contra D. Alonso de Aguilar, con quien estaba enemistado y habiéndolo pedido al Rey de Castilla, su señor, no se lo había concedido. Recibíole bien Abul-Hacén y le señaló campo en la vega, y como detenido por su señor el rey, no viniese el día aplazado D. Alonso de Aguilar, el Rey de Granada le declaró por vencido. Estaba presente cierto caballero, pariente del cristiano Aguilar y se ofreció a tener campo por el ausente y pelear con su contrario, asegurando que D. Alonso era tan buen caballero que no faltaba por su voluntad a la aplazada lid y que no consentiría que se le declarase por vencido ni por cobarde. El rey Abul-Hacén no le permitió salir a pelear, diciendo que había dado seguro a don Diego de Córdoba y como aquel caballero porfiase, el Rey le mandó matar por su falta de respeto, y por intercesión de D. Diego de Córdoba, a quien el Rey estimaba mucho, le perdonó.» (329)

Hallose D. Alonso en la desgraciada expedición de la Ajarquía y a él se debió en gran parte la victoria de Lucena y la prisión del rey Boabdil. Concurrió a las conquistas de Málaga, de Baza y de Granada, y coronó sus hazañas con la gloriosa muerte que recibió en Sierra Bermeja. A este funesto combate asistió, aunque no lo refiera Mármol, D. Juan de Silva, Conde de Cifuentes, asistente de Sevilla, que mandaba trescientos caballos y dos mil infantes. Apenas sufrieron pérdida sus gentes, pues quedó al pie de la Sierra, custodiando el campamento y protegió la retirada del Conde de Ureña y de D. Pedro de Córdoba, a quien dieron los Reyes Católicos el título de Marqués de Priego. En 1570 el Duque de Arcos, descendiente del Marqués de Cádiz, atravesó aquel sitio para sofocar la segunda rebelión de los moriscos granadinos. Veíanse por doquiera lanzas, arneses y armaduras destrozadas, blanqueaban los huesos de los que perecieron al lado del señor de Aguilar, porque hacía medio siglo que ningún castellano había puesto su planta en aquellas rocas inaccesibles. (330) [244]

El pueblo acusó al Conde de Ureña de haber abandonado a su compañero de armas en la Sierra, y Bleda ha conservado dos versos de un romance en que se le increpa en estos términos:

Decidme, Conde de Ureña,

¿Dónde D. Alonso queda?

«Salió como buen caballero, dice Mendoza, aunque dando ocasión a los cantares y libertad española.»

Ginés Pérez de Hita, en su Historia de las Guerras Civiles de Granada, atribuye a D. Alonso varios hechos conocidamente fabulosos y refiere su muerte con alguna diversidad en las circunstancias.

Fue tan célebre en Castilla el desastre de Sierra Bermeja, que sobre él se compusieron tres bellísimos romances insertos en la obra de Hita y en el Romancero General (Madrid, 1614, por Juan de la Cuesta).

El jurado de Córdoba, Juan Rufo, en su poema La Austríada, impreso en 1585, Toledo, dedica a D. Alonso este breve y honroso recuerdo:

Tendrá Córdoba siempre el dolor vivo,
Igual con la razón y el sentimiento,
Que se debe a la muerte presurosa
De un hijo, por quien ella fué famosa.

¡Oh cara, ilustre prenda, quién pudiera
Tu ingenio y tu valor mayor que humano,
En voz cantar que perdurable fuera,
Por todo cuanto abraza el oceano!
Que si el acerbo fin no previniera
El largo paso de tu orgullo ufano,
Tú fueras, D. Alonso, en todo el mundo,
Mayor que fué tu hermano sin segundo.

El que desee más pormenores puede consultar las obras siguientes: Historia de los Reyes Católicos, de Andrés Bernáldez, Cura de los Palacios, publicada modernamente en Sevilla por la Sociedad de Bibliófilos Andaluces; Anales de Sevilla, de Ortiz [245] de Zúñiga (Madrid, 1677); Zurita, Anales de Aragón (Zaragoza, 1585), Garibay, Compendio Historial; Sandoval, Historia del Emperador Carlos V (tomo I, página 5.^a); Mariana, Historia de España; Prescott, Historia de los Reyes Católicos, etc. Además de los autores citados en la presente noticia, Hernando de Baeza, Relaciones acerca de los últimos tiempos del Reino de Granada, publicadas por la Sociedad de Bibliófilos Españoles.
M. Menéndez Pelayo.

Invocación

Et pius est, patriae facta referre, labor.
(Ovidio, Trist., lib. 11, 322.)

Oh musa celestial, tú que cantaste
La cólera del hijo de Peleo,
Tú que al piadoso Eneas celebraste
Cuando surcó las ondas de Nereo,
Y al desterrado Dante acompañaste
En las negras orillas del Leteo

Del Averno los antros recorriendo
Al divino Virgilio en pos siguiendo;

Tú que inspiraste al vate lusitano
Cuando cantó las naves que surcaban
Las espumas del férvido Oceano,
Y al reino de la aurora navegaban
Mientras en la región del aire vano
Los vientos blandamente respiraban
Y el céfiro ligero se mecía
Y las cóncavas velas impelía;

Divina Clío, tú que en el Parnaso
Inspiraste al cantor de Godofredo,
Tú que dictaste de Sorrento al Tasso
Las glorias de Reinaldo y de Tancredo,
Que meciste la cuna a Garcilaso
Al pie de las murallas de Toledo,
Tú, que al Homero inglés, a Milton ciego,
De sacra inspiración le diste el fuego;

Préstame, oh musa, tu sagrada lira,
La lira que pulsó el divino Herrera
Cuando la triste Lusitania mira
Llorar su error del Tajo en la ribera;
El Betis su doliente son admira,
Y su sonora voz en la pradera
Las ninfas y los faunos aplaudieron
Y su canto sublime repitieron,

Quiero alzar a mi patria un monumento,
Que el tiempo no destruya ni el olvido,
Que si humilde es mi voz, débil mi acento,
Grande es el de Aguilar y esclarecido.
Los siglos correrán cual un momento,
Los imperios caerán que han existido,
Su gloria quedará cual firme roca
Que el mar en vano con sus aguas toca.

Ya el pendón de Castilla tremolaba
En las torres de Baza y Almería,
Ya el Conde de Castilla gobernaba
De Muley Alhamar la monarquía,
La Alhambra, el Albaicín y la Alcazaba,
La morisca ciudad de Andalucía
Mostraban ya la cruz en sus almenas
Donde brillaron lunas agarenas.

En la bella ciudad que el Genil riega
Y el Darro con sus aguas fertiliza,

No cruzan ya su deliciosa vega
Los agarenos en revuelta liza,
Ni el granadino ya las cañas juega,
Ni en opuesto escuadrón hace ya riza,
Ni ostenta ya sus cifras y pendones
Ni cabezas suspende en los arzones.

Ni una sonrisa de su mora bella
Hace que el musulmán de amores arda,
Ni una palabra de sus labios sella
Amor eterno, que inviolable guarda;
Ni a los peligros lánzase por ella,
Ni a Granada abandona en noche tarda,
Ni la dirige ya sus tristes ojos
Para volver cargado de despojos.

A las arenas líbicas lanzados,
De la Numidia a los peñascos duros,
Tendían sus ojos, de llorar cansados,
De la ciudad a los perdidos muros;
Y al contemplar los campos tan amados
En la desierta playa mal seguros,
Elevaban al cielo sus clamores
Y mostraban inútiles furores.

Y ya las barras de Aragón unidas
De Castilla a los ínclitos leones,
En el Mediterráneo tan temidas,
Dilataban su nombre y sus blasones;
Sus armas, por Gonzalo conducidas,
Sometían indómitas naciones;
De sus corceles al fogoso vuelo
Parténope sintió temblar su suelo.

Porque ya la cristiana monarquía,
Del Pirene nevado al mar de Atlante,
Sus armas dilatava y extendía,
Doquier llevando su pendón triunfante;
Del Católico Rey la sien ceñía,
Cual blanca perla o fúlgido diamante,
De Aragón la corona esclarecida,
Ya de Castilla a la diadema unida.

Y rota al fin la artificial barrera,
Que ambos pueblos un día separaba,
Al aire ondeaba sólo una bandera,
Y España en torno se agrupaba
Y Patria y Religión su enseña era;
Y ante ella el Universo se inclinaba,
Que Dios sus estandartes bendecía

Y un Apóstol sus haces dirigía.

Y en alas de la fe y de la esperanza,
Siguiendo luego a un genovés osado,
Sus leños entregaron sin tardanza
A las iras del hondo ponto hinchado;
Y surcaron en plácida bonanza
Ondas de un mar jamás atravesado,
Y náyades y faunos y tritones
Saludan al partir sus galeones.

Y el viento juega en las tendidas lonas
Y el aire cruzan las pintadas aves,
Y vense ya del monte las coronas,
Y espumas cortan las ligeras naves;
Y un mundo al cetro de Castilla donas
Tú, Dios, que solo su destino sabes
Y les conduces a abrasada arena
Del mar azul por la extensión serena.

Y en las remotas playas de Occidente,
Ocultas hasta entonces e ignoradas,
Bajo los rayos de su sol ardiente
Por el salvaje habitador pobladas,
En cuya virgen selva sólo siente
Rugir el viento en rápidas oleadas,
Enclavaron la cruz de sus pendones
Entra barras, castillos y leones.

Canto I

... Bella, horrida bella,
Et Tybrim multo spumantem sangitine cerno.
(Virgilio, *Æneid*, VI, 86.)

Argumento. -Levantamiento de los moriscos en la Alpujarra. -Llegada del Ferí de Benestepar. -Su discurso. -Contestación de Gazul. -Se disponen para el combate y eligen por caudillo al Ferí.

Era el primer albor de la mañana,
Y roto de la noche el denso velo
Su cetro abandonaba ya Diana;
Brillaba el sol iluminando el suelo,
Y desterrando la tiniebla vana
Voló su carro en el azul del cielo;
Y entre las sombras de la noche fría
Surgió la claridad del nuevo día.

Un ronco grito en la Alpujarra suena

Y el eco le repite en la montaña;
Por los quebrados valles ya resuena
Que el Verde Río con sus aguas baña;
Convoca la trompeta sarracena
De los hijos de Agar la furia y saña,
Que armados de su bélico heroísmo
Hacen temblar el firmamento mismo.

Armada multitud cubre la tierra
Y cubre las fragosas Alpujarras
Y corona la cumbre de la sierra
Y brillan las moriscas cimitarras;
Resuena el grito de venganza y guerra
Y de África el león muestra sus garras,
Y monta ya el caudillo sarraceno
Indómito corcel que tasca el freno.

Y deja su guarida el mahometano,
Y corre presuroso a la venganza,
Y con sangre del pueblo castellano
Quiere teñir los hierros de su lanza.
El nómada veloz, el africano
Dejaron el desierto sin tardanza,
Y en sus corceles, cual ligero viento,
Llegaron de Gazul al campamento.

Las lágrimas regaron la mejilla
Del triste granadino desterrado
Mientras el estandarte de Castilla
Estuvo de laureles coronado;
Lloraron su deshonra y su mancilla
Y su trono en el polvo derribado,
Mientras brilló en los muros de Granada
La Cruz en Covadonga tremolada.

La rabia concentrada, que un momento
Sin cesar en su pecho viva ardía,
Estalló al fin, cual el furioso viento,
Que ruge en medio de la selva umbría;
Como el Vesubio, que por bocas ciento
Arroja lava, que en su centro hervía,
Y convierte en escombros las ciudades,
Hoy cenizas y vastas soledades.

Vertió su copa la discordia un día
Y Marte despeñó su carro ardiente,
Y entre las sombras de la noche fría
El árabe blandir su lanza siente;
Muerte, desolación y guerra impía
Corrieron a las playas de Occidente,

Rasgaron las entrañas de la tierra,
Volaron a la cumbre de la sierra.

En sitios señalados reunidos
De la nación infiel los más ancianos,
Por las diversas tribus elegidos,
De los errantes pueblos mahometanos,
Por el peligro de la guerra unidos,
La venganza común de sus hermanos
En secreto consejo meditaban
Y el final rompimiento dilataban.

Rodeaba la tienda del consejo
En torno la apiñada muchedumbre;
Mirábase en el mar, como un espejo,
El dios autor de la celeste lumbre,
Y de sus claros rayos el reflejo
Doraba de la sierra la alta cumbre,
E iluminando la azulada esfera
Llegaba a la mitad de su carrera.

Por la nevada sierra un caballero
A galope tendido descendía
Y con semblante y ademán guerrero
Su caballo hacia el llano dirigía;
Y con espuela de templado acero
Del corcel los ijares oprimía;
Llegó por fin al campo de la tienda
Y al brioso alazán paró la rienda.

Venir parece de región distante,
Cubre el polvo su negra vestidura,
Negras plumas ostenta en el turbante

Y negro es el color de su armadura;
Tristeza muestra su feroz semblante,
Es arrogante y noble su estatura
Y el peso de la lanza que blandía
Ni Ajax de Telamón sustentaría.

Negro turbante la su sien ceñía;
De su escudo los timbres y blasones,
Que la adarga en su centro contenía,
Eran rotos castillos y leones;
Y a sus pies una letra que decía:
«Yo humillo de Castilla los pendones,
En España mi nombre fue temido,
Siempre fui vencedor, nunca vencido».

Pende el alfanje del siniestro lado

Y enristra el adalid pesada lanza,
Y muestra un pendoncillo tremolado
El alegre color de la esperanza;
Corre el caudillo en su corcel montado
Mostrando su valor y su pujanza,
En sus ojos demuestra y en su rabia
La salvaje fiereza de la Arabia.

El bruto cordobés, hijo del viento,
Alta la crin y de cerviz erguido,
Con ligero y airoso movimiento,
Con paso resonante y atrevido,
Estribando su brazo en duro asiento,
Tascando el leve freno guarnecido,
Rompió por las legiones apiñadas
Y la tierra temblaba a sus pisadas.

Llegó el desconocido caballero
Hasta el centro del campo mahometano
Y fijaron su vista en el guerrero
Los jefes del ejército africano;
Nadie le conoció, por extranjero
Y criado en el suelo mauritano,
Y él impuso silencio a los campeones
Y dirigióles luego estas razones:

«Soy el sostén del pueblo mahometano,
La gloria de las lunas agarenas,
Yo humillé el estandarte castellano,
Yo rompí de Granada las cadenas,
Yo llevé a la victoria al africano,
Yo conduje las huestes sarracenas
Y en la guerra este nombre merecí,
Yo de Benestepar soy el Ferí.

Yo teñí en sangre del Genil la orilla,
Yo me hallé en la defensa de Granada,
Y yo vi la bandera de Castilla
De la Alhambra en el muro tremolada;
La misma enseña que brilló en Sevilla
En la Torre del Oro enarbolada,
La misma enseña que brilló en Toledo,
Ciudad de Leovigildo y Recaredo.

Si cobarde Boabdil cayó en Lucena
En poder del ejército cristiano,
Si teñida con sangre sarracena
Su corona rindió al rey castellano,
Si él mismo se forjara las cadenas
Que pesó sobre el pueblo mahometano,

¿Cómo habían de darnos justas leyes
Rey sin corona, ejércitos sin reyes?

¿Es ésta la nobleza de Granada?
¿Es ésta de sus reyes la memoria?
¿Es ésta la bandera desplegada,
Que llevaba sus hijos a la gloria?
Con sangre nuestra tierra fue regada
Y dejó nuestras haces la victoria,
Y el reino de Alhamar corrió a su ruina
Irritando la cólera divina.

Reinó el furor en vuestros corazones
Sin quedar un destello de esperanza,
Escuchasteis la voz de las pasiones,
Escuchasteis la voz de la venganza,
Y vieron de Castilla las legiones
Teñida en propia sangre vuestra lanza,
En sangre que aumentaba cual torrente
Del Genil y del Darro la corriente.

Cristalino Genil, que te deslizas
Por apacibles cármenes y vegas;
Dorado Darro, tú que fertilizas
Los campos con tus ondas y los riegas;
Darro, que con el Betis rivalizas,
Genil, que de Granada al muro llegas,
¡Visteis teñir en sangre las espadas
Contra los mismos hijos afiladas!

¿Dónde está la ciudad, la que extendía
Su nombre hasta las playas del Oriente,
Y del viento en las auras se mecía
Embalsamando el regalado ambiente?
El Darro su corriente dirigía
Por los frescos jardines de Occidente,
Y mansión de perpetua primavera
Del Darro y del Genil fue la ribera.

Ya cayó la potencia granadina,
Muerto está su valor y su pujanza,
Sombras mil se levantan de su ruina,
Rota y sin brillo está la antigua lanza;
El rayo de la cólera divina
Tomó de sus ofensas la venganza,
Y lanzó en el sepulcro del olvido
El reino de Alhamar fuerte y temido.

Doblaron la rodilla al extranjero
Esos fuertes caudillos musulmanes,

Y no hubo entre nosotros un guerrero
Que resistiera en pie sus alazanes;
Y Boabdil al dejar el suelo ibero,
Huyendo de la guerra los afanes,
Por Granada lloró y por sus placeres;
¡Tiempo era de llorar como mujeres!

Envuelto entre las ruinas de Granada,
De la Libia en los secos peñascales,
De la Libia sedienta y abrasada,
Más fiero que los tigres y chacales,
Volví la vista a la ciudad amada
Y corrí a los desiertos arenales;
Juré vengar la afrenta recibida
Y mi patria vengar de su caída.

Siguiendo la bandera desplegada
Corramos hacia el templo de la gloria,
En ruinas sepultemos a Granada,
¡El fuego alumbrará nuestra victoria!
Y empuñando la mano ardiente espada,
De nuestros triunfos la inmortal memoria
Escribamos con sangre en sus almenas,
Y rompamos por fin nuestras cadenas.»

Calló el Ferí, sus últimos acentos
Por las concavidades retumbaron
Y llevados en alas de los vientos
En lejanos espacios resonaron;
Dejaron los ancianos sus asientos
Y los mozos sus armas empuñaron
Y al joven capitán, al extranjero,
Contestó así Gazul, viejo y guerrero:

«También Toledo vio y Sevilla un día
Triunfante el estandarte mahometano,
Y la fértil y rica Andalucía
Obedeció la ley del africano;
Imperio poderoso que temía
El reino de Aragón y el castellano,
Imperio que Almanzor llevó hasta el Duero
Y dilató con su glorioso acero.

Lleva al combate, a la victoria lleva
Las indomables huestes sarracenas,
Tu mano la pesada lanza mueva,
Dirige las legiones agarenas;
El nuevo triunfo, la victoria nueva,
Quebrante de tu patria las cadenas,
Que por jefe y caudillo te aclamamos

Y perpetua obediencia te juramos.»

Las últimas palabras del anciano
El pueblo repitió con voz de trueno,
Adelantose el jefe mahometano
Hasta el centro del campo sarraceno
Y juró destruir el castellano
Imperio y el poder del nazareno,
Y romper de su patria las cadenas
Y conducir las huestes agarenas.

Mil valientes por jefe le aclamaron
Y vibrando las corvas cimitarras
Obediencia y respeto le juraron,
Y el eco resonó en las Alpujarras;
El pendón granadino tremolaron.
¡Castellano león, muestra tus garras,
Que con guerra amenaza ya tu seno
El oculto enemigo sarraceno!

La clara luz del sol se oscurecía
Y cubriendo la tierra denso velo,
Entre las sombras de la noche fría
Pálida luna iluminaba el suelo;
Y sus trémulos rayos dirigía
Por las espesas nubes que en el cielo,
Confusas y sin orden, semejaban
Fantásticos espectros que cruzaban.

Canto II

Sacra suosque tibi commendat Troia penates.
(Virgilio, Aen., lib. II, 293.)

Argumento. -Al recibir la noticia del alzamiento de los moriscos, convocan los Reyes Católicos a sus nobles. -Razonamiento del rey Fernando. -Se ofrece a la empresa D. Alonso Fernández de Córdoba, señor de Aguilar, hermano mayor del Gran Capitán. -Contestación de la reina Isabel. -A la mañana siguiente D. Alonso reúne sus hombres de armas y marcha a Granada para unirse con los Condes de Ureña y de Cifuentes. -Profecía del Betis.

Apenas por las puertas del Oriente
Con su manto bordado de oro y grana,
Anunciando del sol la luz ardiente,
Prestando claridad a la mañana,
Mostró la aurora su risueña frente,
Oscureciendo el brillo de Diana;
Abriéronse a los nobles de Castilla

Las puertas del alcázar de Sevilla.

Los llama el Rey Fernando, que blasones
Del reino de Aragón y el Castellano
Enlazando de España en los pendones,
Hizo temblar al bárbaro africano;
Terror de los infieles escuadrones
La fe ensalzó y el nombre de cristianos,
Dominó de Granada las murallas
Invocando al Señor de las batallas.

Y aquella reina, cuya eterna fama
Escrita está con páginas de gloria,
A quien Castilla por su madre aclama
Y guarda de su nombre la memoria,
La que ardió de la fe en la santa llama
E hizo inmortal su nombre y su victoria,
Isabel de Castilla soberana,
Gloria y honor de la nación hispana.

Los grandes y los nobles de Castilla
Por sus reyes y príncipes llamados
Del Betis claro a la tranquila orilla,
Abandonan su hogar y sus estados,
Acuden al alcázar de Sevilla
A la voz de la patria convocados,
Y a defender su religión y leyes
Corrieron al palacio de sus reyes.

Ocupa el trono, a la derecha mano,
La noble reina y ciñe la corona
Del reino de León y el castellano,
Áurea diadema, que su sien corona;
Y rige el rey con poderosa mano
El cetro de Aragón y Barcelona;
Y el trono los magnates rodeando
Les dirigió su voz el rey Fernando:

«Próceres y magnates castellanos,
Caudillos vencedores de Granada
Y terror de los reyes mahometanos,
Afilad al combate vuestra espada,
Porque ya los infieles africanos
Tremolan su bandera desplegada,
Amenazando, ¡sedición impía!,
Hundir en polvo nuestra monarquía.

En vano de Granada en las almenas
Ondean nuestros ínclitos pendones,
Y en vano ya las huestes sarracenas

Huyen de los castillos y leones;
Porque ese pueblo rompe sus cadenas
Y al ímpetu y furor de sus legiones,
No resisten almenas ni murallas
Ni fuertes cotas de aceradas mallas.

Cual torrente que rompe sus riberas
Inundando los campos desbordados,
Y arrollando sus diques y barreras
Dilata su corriente, arrebatado,
Así vuelan las árabes banderas;
Y el pueblo sarraceno encadenado
Vibra en su mano la pesada lanza
Y corre presuroso a la venganza.

Y súbito en la cima de la sierra
Tremolan de Granada los pendones,
óyese el grito de venganza y guerra
Y el rápido volar de sus bridones;
Armada multitud cubre la tierra
Y corren al combate sus legiones
Y hacen que el viento y que los aires rompa
El ronco son de la guerrera trompa.

Caudillos y guerreros castellanos,
Corred a defender vuestros hogares,
Porque ya los infieles africanos
Amenazan el trono y los altares;
Y lanzas y paveses mahometanos
Conduce la Discordia a vuestros lares,
Y teñirán en sangre sus aceros
De Libia y Mauritania los guerreros.

Si caballeros sois y en vuestras venas
Corre la noble sangre castellana,
Si no teméis las huestes agarenas,
Ni toda la potencia mahometana;
Si brilla de Granada en las almenas
La santa cruz de redención cristiana
Y del Genil a la argentada orilla
Llevasteis los pendones de Castilla;

Si la Discordia conturbó la tierra,
Rasgando del abismo las entrañas,
¿Quién ha de alzar en la desnuda sierra
El blasón noble de las dos Españas?
Y pues sois invencibles en la guerra
¿Quién clavará el pendón en la montaña?
Si caballeros sois y sois cristianos
Mostrad, pues, el valor de castellanos.»

Calló el rey de Aragón y los magnates,
Que en profundo silencio le escuchaban
Y sintieron llamarse a los combates,
Un confuso murmullo levantaban;
Como azotan las olas con embates
En los mares las rocas, se agitaban
Pretendiendo correr a las batallas,
Defender de Granada las murallas.

Alzose al fin de Córdoba un guerrero,
De Córdoba nacido en los jardines,
Gentil y valeroso caballero,
Capitán de Granada en los confines,
Que, más limpio que el sol su blanco acero,
Al escuchar el son de los clarines,
Tiñó con sangre mora en cien batallas,
Tiñó su cota de aceradas mallas.

Es D. Alonso de Aguilar el fuerte
Que libró a la sultana de Granada,
Que se lanzó mil veces a la muerte
Por su Dios, por su rey y patria amada;
Es D. Alonso cuya triste suerte,
Del Darro en las orillas lamentada,
Eterniza en sus páginas la historia
Y guarda de sus hechos la memoria.

«¡Oh reyes!, exclamó, si es que la muerte
Puede arrancarme de la patria mía,
Si es que ha querido mi cansada suerte
Que en temprana y tristísima agonía,
¡Oh dulce patria!, tenga que perderte,
Por ti yo moriré con alegría.
¡Oh reyes, escuchad, que el castellano
Cetro regís con poderosa mano!

El fuerte y valeroso caballero
Que cuelga al cinto la temida espada,
Que tiñe en sangre su desnudo acero
Y se viste el arnés y la celada,
El que combate cual leal guerrero
Al pie de una muralla derribada,
Y abandona su patria y sus hogares
Por defender el trono y los altares,

O vuelve vencedor en cien batallas
Y clava victorioso en las almenas
De su feudal castillo en las murallas
Triunfante las banderas sarracenas,

Cuelga la cota de aceradas mallas
Terror de las legiones agarenas,
Porque en el peto y la acerada cota
Más de una lanza infiel ha sido rota;

O si enemiga la fortuna impía,
En medio del estrago y la matanza,
Entre las sombras de la noche fría,
Al caballero en el sepulcro lanza,
Si ha querido la suerte que en un día
De algún brazo alevoso la venganza
Corte cobarde su preciosa vida
Y le atraviere con traidora herida;

Morirá sin temor, porque la gloria
Quedará de su nombre y de su hecho,
Y le guarda en sus páginas la historia
Triste recuerdo de su fuerte pecho;

Quedará de su nombre la memoria
Y cuando duerma en el sangriento lecho
El Señor de los cielos y la tierra
Recordará que ha muerto en buena guerra.

Sí, caballeros somos y cristianos,
Y juro por la fe de caballero
Que he de alzar los pendones castellanos,
Si alcanzo la victoria, como espero;
Y contra los infieles africanos
Teñido en sangre mi desnudo acero,
La voz de patria y religión me manda
Que venza o que perezca en la demanda.

Y si Dios ha querido que yo muera
Y no vuelva a los muros de Sevilla,
Y que corra mi sangre la primera
Del Verde Río en la sangrienta orilla,
Aunque mayor mi sentimiento fuera,
Moriré por la gloria de Castilla,
Moriré por su trono y por su ley,
Por mi Dios, por mi patria y por mi rey.»

«Y si mueres, que Dios te dé su gloria,
Dijo la noble reina de Castilla,
Y quede de tu nombre la memoria,
Del Betis claro en la tranquila orilla;
Y si alcanza tu brazo la victoria
Y vuelves a los muros de Sevilla
Triunfante y vencedor en cien combates,
El primero serás de los magnates.

El Señor encamine tus legiones
Puesto que eres cristiano y caballero;
Bendiga de Castilla los pendones,
Pues de Dios y de su ley eres guerrero;
Y pues fe y religión son tus blasones,
Y más limpio que el sol tu blanco acero,
Al combatir al árabe enemigo
De Dios la bendición vaya contigo.

Por la fe de Granada en las almenas
Brilla la cruz de redención cristiana,
Y por la fe las huestes agarenas
Huyen de la bandera castellana;
Porque la fe rompió nuestras cadenas,
Derribó la pujanza mahometana,
Y nos abrió un camino por los mares
Para ensalzar la cruz y sus altares.

¡Guerrero de la fe, marcha a la sierra,
Tremola la bandera castellana,
Y si mueres en santa y buena guerra,
Y si corta una lanza mahometana
El curso de tus días en la tierra,
Dios premiará tu abnegación cristiana;
Y si vuelves triunfante y sin mancilla,
Por vencedor te aclamará Castilla!»

Era la aurora del siguiente día
Y triste apareció y oscuro el cielo,
Y perdieron las flores su alegría
Y cayeron marchitas en el suelo;
Y en la fértil y rica Andalucía
Una voz resonó de desconsuelo;
Las madres los acentos escucharon
Y a los pechos sus hijos apretaron.

Una voz se escuchó en los corazones,
Y resonando su postrer acento,
¡Ay de Castilla, dijo, y sus campeones!
Y tembló la ciudad en su cimiento,
Temblaron los castillos y leones,
Y estremeciose en su profundo asiento
El trono y el alcázar de Sevilla,
Mansión de los monarcas de Castilla.

Mas D. Alonso de Aguilar salía
Con la primera luz de la mañana;
Tropa de mil valientes le seguía
Y su gente aguerrida y castellana

Hacia las Alpujarras dirigía
Contra la raza bárbara africana;
Desplegando al viento su bandera
Llegan del Betis claro a la ribera.

El padre Betis elevó su frente,
De lirios y espadañas coronada,
Y detuvo sus aguas tristemente;
Detuvo su corriente arrebatada,
Y cesando el murmullo del torrente,
A los vientos calmó su voz sagrada,
Y mirando a los muros de Sevilla
Anunció los destinos de Castilla.

¡Cisne del Betis, tú divino Herrera,
Suave cantor de la sonante lira,
Quién tu sonora voz y arpa me diera
Y aquel sagrado numen que te inspira
Del Guadalquivir en la ribera,
Tu dulce canto, que de amor suspira,
Y en cuanto baña el mar y Cintio dora
Hace inmortal el mundo de Eliodora!

Así el Betis habló: «¡Triste Castilla!
¿Qué será de tus bravos campeones?
¿Quién volverá a los muros de Sevilla?
Y rotos los castillos y leones,
¿Quedará en tus escudos tal mancilla?
A la muerte conduces tus legiones.
¡Verted mares de llanto, castellanos,
Pues que sois caballeros y cristianos!

¿A dónde vais, a dónde vais perdidos?
¿A dónde vais caudillos y guerreros?
¿Sois aquellos valientes tan temidos?
¿Sois aquellos gallardos caballeros?
Y ¿sois aquellos nobles no vencidos,
Que tiñeron en sangre sus aceros,
Y vistiendo la cota y la armadura
No temieron jamás la muerte dura?

¡Los de acerada cota y fuerte espada!
¿Sois los que del Genil en la ribera,
Al viento vuestra enseña desplegada,
Con fuerte corazón y fe sincera,
Corristeis a los muros de Granada
Y alzasteis de Castilla la bandera
Sobre rotas almenas y murallas,
Conquistadas con sangre en cien batallas?

Vuestros padres con brío afortunado,
Caballeros sin tacha y sin mancilla,
Triunfantes en las Navas y el Salado,
Vencedores de Córdoba y Sevilla,
Sobre el trono del goda, destrozado,
Levantaron el trono de Castilla;
Un rey sobre paveses elevaron
Y una corona ante sus pies postraron.

Vosotros herederos de su gloria
De su valor y su entusiasmo ardiente,
Acatando su nombre y su memoria
Volasteis del Genil a la corriente;
Alcanzó vuestro brazo la victoria
Y temblaron los reyes del Oriente,
Huyendo los leones africanos
Al sentir los guerreros castellanos.
¡Mas, ay, cuánta coraza, cuánto escudo,
Cuánto cuerpo de nobles destrozado,
Lleva el Río Verde, con silencio mudo,
En su rauda corriente arrebatado!
¡Ay, que ese suelo, estéril y desnudo,
Con sangre castellana fue regado,
Y esos tigres hambrientos de matanza
En la sierra cumplieron su venganza!

Sí, D. Alonso, en la escarpada sierra,
Cual bueno y valeroso caballero,
Morirás, combatiendo en santa guerra,
Tiñendo en sangre tu fulmíneo acero;
Pero tu nombre quedará en la tierra,
Y se levantará un nuevo guerrero,
Y saldrá un vengador de tus cenizas,
Pues con tu sangre el suelo fertilizas.»

Canto III

¡Río Verde, Río Verde,
Tinto vas en sangre viva,
Entre ti y sierra Bermeja
Murió gran caballería!
(Romancero General.)

ARGUMENTO. -D. Alonso sale de Granada con sus gentes y se dirige a sierra Bermeja. -Envía uno de sus vasallos al castillo de Aguilar con un mensaje para su hijo mayor, D. Pedro de Córdoba. -Llegada del capitán. -Su entrevista con su tío. -Éste sale del castillo para unirse con su padre. -Llegan a las orillas del Río Verde. -Combate sostenido contra los moriscos acaudillados por

Gazul. -Muerte de Nuño, escudero del Conde de Cifuentes. -Los cristianos retroceden, pero el Conde de Ureña reanima su valor y pone en fuga a los musulmanes. -Muerte de Gazul. -Al caer la tarde, llegan a las entrañas de la sierra D. Alonso, su hijo y el Conde de Ureña, mientras el Conde de Cifuentes queda al pie de los montes para proteger, en caso necesario, la retirada. -Historia de un castillo, situado en aquellos riscos. -Los castellanos sientan los reales cerca de sus muros. -El Ferí asalta sus tiendas durante la noche y pone fuego al campamento. -Espantosa derrota de los cristianos. -Retirada del Conde de Ureña. -Muerte de D. Pedro de Córdoba. -Combate personal de D. Alonso y el Ferí de Benestepar. -Muerte de Aguilar, que expira al ver la cabeza de su hijo

En medio de la rica Andalucía,
Cercada de murallas y de almenas,
Se eleva la ciudad que fuera un día
Asiento de las lunas agarenas;
La que sus estandartes dirigía
Por todas las provincias sarracenas,
La que desde la Alhambra y la Alcazaba
A Málaga y Guadix leyes dictaba.

La ciudad que, de España en los confines,
Sobre alfombras y cármens de flores,
Entre mirtos, laureles y jazmines,
Sin temer de la guerra los horrores,
Agotaba en palacios y en jardines
La copa del placer y los amores,
Corriendo sus jinetes por la vega
Que el manso Darro con sus aguas riega.

Era la noche y con su negro manto
Los montes y los valles ocultaba;
Triste Granada, en soledad y llanto,
En la confusa sombra vigilaba;
Y D. Alonso de Aguilar, en tanto,
La ciudad con su gente abandonaba,
Seguido por valientes adalides
Que la victoria coronó en las lides.

Marchando van por la tranquila orilla
Al ronco son de trompas y atambores,
Siguiendo el estandarte de Castilla,
Con paso silencioso entre las flores,
A vengar de su patria la mancilla,
Calmar su acerbo llanto y sus dolores,
Caminando serenos a la muerte
Sin temer los rigores de la suerte.

Con noble corazón y altiva frente

A la batalla el de Aguilar se lanza,
De su patria el amor le impele ardiente
No la bárbara sed de la venganza;
Arroja su corcel espuma hirviente,
Carga su brazo el peso de la lanza
Y brilla de su yelmo entre el plumaje
El águila, blasón de su linaje.

Pende a su lado la cortante espada
Que desnudó de Loja en el combate,
Cuando salvó la hueste destrozada
Del mahometano al poderoso embate
Y firme protegió su retirada
Sin clavar al bridón el acicate,
Hasta que vio volver a los infieles
Las riendas de sus rápidos corceles;

Y desnudó otra vez en Vivarrambra,
Vengador de la tribu abencerraje,
Al rodar en los patios de la Alhambra
Las cabezas de aquel noble linaje,
Cuando en torneos y morisca zambra
Lanzaron los zegríes vil ultraje,
Cuando allí los valientes perecieron,
Cuando lanzas las cañas se volvieron.

Y entrando luego en la ciudad sitiada
Con cuatro caballeros castellanos
Lidió por la sultana de Granada
Contra cinco caudillos africanos.
¿Quién cantará tu gloria señalada?
¿Quién el valor dirá de dos hermanos?
Porque emularon, sí los Aguilares
Triunfos de Garcilasos y Pulgares.

Su hermano, que Gonzalo se llamaba,
En Nápoles laureles recogía,
Para su rey un trono conquistaba
Y una corona ante sus pies ponía;
Y de Francia las lises humillaba,
La gloria de su patria engrandecía,
Y en la margen del claro Garellano
Hizo inmortal el nombre castellano.

Se alzaba D. Alonso entre sus gentes
Como el ciprés erguido en la colina,
Y se elevaba sobre altivas frentes
Como el nudoso tronco de una encina.
Con el Conde de Ureña, el de Cifuentes
Por la orilla que al Darro se avecina,

Conducen a la lucha sus guerreros,
Denso tropel de pajes y escuderos.

Vinieron al combate de este día
Los que ciñe de Gades la barrera,
Vinieron del confín de Andalucía
Los hijos de Archidona y Antequera,
Los que pisan los campos de Almería
Y del Genil habitan la ribera,
De Granada la vega y las arenas,
Do vierte el Darro el oro de sus venas.

De Córdoba dejaron las murallas
Y de Aguilar siguieron los pendones,
Soldados de Aguilar en las batallas,
Vasallos con sus armas y blasones
Vistiendo cotas de aceradas mallas;
Oprimiendo la espalda a los bridones,
Siguiendo de los montes el camino,
Van los hijos del Betis cristalino.

Sólo faltaba un adalid valiente
Entre tantos gallardos capitanes,
Mozo gentil, en juventud ardiente,
Criado de la guerra en los afanes,
Que el noble fuego de la patria siente,
Y entre lanzas, escudos y alazanes
En el castillo de Aguilar criado,
Para la guerra fue predestinado.

Dirige, ¡oh musa!, el vuelo a las murallas
Que de Aguilar coronan las almenas,
El genio invocaré de las batallas
Cuando cante las huestes sarracenas,
Cuando rotos los petos y las mallas
Y teñidas en sangre sus arenas,
Arrastre el Río Verde destrozadas,
Lanzas y arneses, grebas y celadas.

De la luna a los tibios resplandores,
Pendientes de su cinto los aceros,
Al castillo feudal de sus señores,
Se encaminan armados caballeros;
No resuenan ni trompas ni atambores,
En silencio los pajes y escuderos
Siguen el estandarte donde brilla
La cruz y los leones de Castilla.

Ya un guerrero sintió desde una almena
El paso de los brutos andaluces;

Al caer de la puerta la cadena
El resplandor de antorchas y de luces,
Prestando claridad a aquella escena,
Iluminando las cristianas cruces,
Descubrió a los armados castellanos
Que llegaban guerreros sevillanos.

Rodrigo, que por su señor regía
De aquel fuerte castillo la tenencia,
Las llaves, como alcaide, poseía,
Viejo lleno de canas y prudencia.
Dirigiose al que jefe parecía
De D. Alonso por la triste ausencia,
Y dijo: «¿Qué buscáis en esta tierra?
¿Acaso apellidáis para la guerra?»

«Vasallos somos de Aguilar el fuerte,
Le respondió el armado caballero,
Y marchamos en busca de la muerte
Guiados por el brillo de su acero.
No tememos reveses de la suerte,
No nos alcanzará su pie ligero,
Nunca volvió la cara al enemigo
La enseña de Aguilar, noble Rodrigo.

A D. Pedro de Córdoba me envía,
Pues de Granada mi señor se aleja,
Y antes de ver la luz del cuarto día
Ya sus gentes verán Sierra Bermeja.»
Y D. Pedro de Córdoba que oía
Estas palabras, las almenas deja,
Y el jefe al ver de D. Alonso al hijo,
Hincando en tierra la rodilla, dijo:

«Tierno renuevo de la ilustre rama
Que con sangre creció de tus mayores,
El bélico clarín a guerra llama,
Y resuenan las cajas y atambores,
Porque en el pueblo infiel prendió la llama
Y gimen de la sierra los alcores;
Se estremecen del monte las encinas
Y el musulmán oprime las colinas.

La soberana que tu patria rige
Y empuña el noble cetro castellano,
A D. Alonso de Aguilar elige
Y entrega el estandarte de su mano;
Porque el pendón en la Alpujarra fije
Contra el furor del pueblo mahometano;
Si sangre de Aguilar corre en tus venas

Deja de este castillo las almenas.»

«Dadme una lanza, sí, dadme una lanza,
Siento en mi mente inspiración del cielo,
Dadme el caballo, que en correr alcanza
De los vientos el presto y raudo vuelo.»
Y de la cumbre al llano se arrojaba
Cual rayo que hace estremecer la tierra,
De las cavernas retumbando el seno
Al bravo son del poderoso trueno.

Terrible fue el encuentro y en pedazos
Rotas fueron las haces musulmanas,
Mas resistieron los robustos brazos
El empuje de lanzas castellanas;
Y unidos luego con estrechos lazos,
Brillando cimitarras africanas,
El ruido se escuchó de los guerreros
Y el triste rechinar de los aceros.

Cual suelen en las fraguas de Vulcano,
Del Etna en las entrañas escondidas,
Con el martillo en la pesada mano
Sacudiendo las masas encendidas,
En los yunques herir y al aire vano
Formar roncós estruendos y estampidas,
Ocultos en el seno de los montes
Estérope feroz, desnudo Bronte,

Pues tal era el estruendo del combate
Al pie de la Alpujarra sostenido;
Ni el castellano su pendón abate,
Ni el musulmán se retiró vencido;
Estréllase en las gentes del magnate,
Cual las olas del mar embravecido,
Cuando un peñasco su furor refrena,
Van a morir en la menuda arena.

Empuñando un acero damasquino
Entró en la lid un bárbaro africano,
De nombre y de linaje sarracino,
De religión y patria mahometano;
De los desiertos de Numidia vino
Llamado por el ruego de su hermano,
Que en Lanjarón y en Güéjar dominaba
Y como rey su pueblo gobernaba.

Pero Núñez, mancebo que en Granada,
Sintió correr sus años juveniles,
Que se encontraba en la ciudad sitiada,

Cuando cumplió los diecinueve abriles,
El más gallardo que ciñera espada,
De corazón y alientos varoniles,
Y del Conde de Fuentes escudero,
A la batalla se lanzó el primero.

El trance de la lid incierto y vario
En silencio miraba la Alpujarra,
Pero el joven cayó, pues el contrario,
Levantando la corva cimitarra,
Derribó la cabeza a su adversario;
Como león ensangrentó su garra
Y la sangre bañó la faz hermosa,
Cual de Sidón la púrpura preciosa.

Lanzó un grito la hueste del guerrero
Y otro grito el caudillo mahometano.
Teñido en sangre su desnudo acero
Se lanza por el campo castellano;
No resiste paje ni escudero
El rudo acometer del africano;
Dondequiera que va la muerte lanza
Movido por el ansia de venganza.

Pero el Conde de Ureña, dirigiendo
A sus gentes la voz, se arroja airado
Y el sarraceno va retrocediendo;
Mas Gazul, a morir determinado,
Su ya vencida gente deteniendo,
Gritó feroz con ánimo irritado:
«Muslimes, es el día de la gloria,
Id a buscar la muerte o la victoria.»

Resisten como fieras el embate,
Bajo sus pies estremeciose el suelo,
Entre el fragor y estruendo del combate
El polvo sube a oscurecer el cielo;
Marte su escudo con la pica bate,
Tiende sobre las nubes denso velo,
El sol sus claros rayos oscurece,
Crece la niebla y la batalla crece.

Cual luchando en la orilla el ponto brama
Y en las rocas se estrella su corriente,
O abrasa selvas resonante llama
Encendiendo en los bosques fuego ardiente
Que en las ásperas cumbres se derrama,
Arde el fresno, laurel, pino eminente,
Y caen al fuego de la mies vecina
Añejo roble y sacudida encina,

Tal, regando los bárbaros la tierra,
En torrentes de sangre derramada,
Huyendo van por la desnuda sierra
Del castellano la sangrienta espada.
Con sus vasallos el de Ureña cierra
Y D. Alonso va con su mesnada,
D. Pedro de Córdoba les guía,
Que el estandarte de su rey seguía.

La arena se tornó sangriento lago,
Gazul, el viejo, con furor pelea,
Pero una flecha por el aire vago,
Cortó su vida sin que el triunfo vea;
Creció la confusión, creció el estrago
Y los suyos dejaron la pelea,
Huyendo como fieras a los montes
A ocultarse en remotos horizontes.

Tendió en tanto la noche el denso velo,
La casta luna, que con faz serena
De los mortales míseros el duelo
Alumbra y su dolor y triste pena,
Roja brillaba en la mitad del cielo
Iluminando la sangrienta escena,
Cubierta de cadáveres y espadas,
De lanzas y armaduras destrozadas.

Llegó, pues, el ejército cristiano
De la desnuda sierra a las entrañas,
Donde espacioso se formaba un llano
Rodeado de altísimas montañas;
Un collado, de nieves siempre cano,
Dominaba aquellas fértiles campañas
Y un torrente impetuoso se despeña
Haciendo un ronco son de peña en peña.

Un castillo se alzaba en la espesura
Coronado de muros y torreones,
Bosques de adelfas, selvas de verdura,
Cercaban los deshechos murallones;
Y entre las sombras de la noche oscura,
Agitando los árabes pendones
El viento, que silbaba en sus almenas,
Semejaba rumor cual de cadenas.

Y es fama que en aquella fortaleza,
Do estrellan su furor los huracanes,
En los brazos del ocio y la pereza,
Siguiendo de la caza los afanes,

Un godo de valor y de nobleza
Fatigando sus perros y alazanes,
Moraba de sus torres al abrigo
Cuando reinaba el infeliz Rodrigo.

Y combatió a su lado en Guadalete,
Mostrando su valor y su venganza
En un potro de Córdoba jinete;
Doquier vibraba su nudosa lanza
Tremolaban las plumas de su almete
Y de su férreo brazo a la pujanza,
Formando de cadáveres un puente
Sucumbían los hijos del Oriente.

Y triunfante, gallardo y animoso,
Llevando muerte, asolación y guerra,
Rompió por las escuadras victorioso
Y sembró de cadáveres la tierra;
Y triunfante en el choque peligroso
Volvióse a su castillo de la sierra,
Seguido por sus fieles compañeros
Y teñidos en sangre sus aceros.

Era una noche, y su estrellado manto
Ocultaban los densos nubarrones,
Era una noche de terror y espanto,
Velaban en el muro los campeones.
Y del ave agorera el triste canto
Resonaba en los góticos torreones,
Rasgaba de sus bóvedas el seno
La ronca voz del pavoroso trueno.

Mas del castillo la ferrada puerta
Giré sobre sus quicios y dinteles,
Y por el oro a la traición abierta
Dio paso al escuadrón de los infieles.
Vieron los godos su desdicha cierta,
Brillaron los turbantes y alquiceles,
Y Muza apareció con sus falanges
Desnudos en sus diestras los alfanjes.

El noble godo la batalla mira
Y perdiendo el terror y la esperanza
En la hueste se arroja, ardiendo en ira,
Vibra y revuelve la pesada lanza;
La negra muerte con sus alas gira,

Terrible es de los godos la matanza,
Quinientos con su jefe perecieron
Y todos como buenos sucumbieron.

Y aquel viejo torreón abandonado
Quedó, entre las inmensas soledades,
Por el viento y las lluvias azotado,
Por el ronco furor de tempestades.
Y yace entre sus ruinas sepultado
Aquel señor de torres y ciudades;
Aún su voz en las bóvedas retumba
Y su castillo le sirvió de tumba.

Aquí sentó sus reales el de Ureña,
Claro D. Diego, honor de los Girones;
De Castilla enarboló la enseña,
Desplegó de su casa los pendones.
Y D. Alonso, al pie de una alta peña,
Reunió sus leales campeones,
Al estruendo del agua que corría,
Esperando la luz del nuevo día.

Cual hambriento león que en los desiertos
Del África sedienta y abrasada,
De sangre y de cadáveres cubiertos,
Lame su garra de matar cansada,
Y con ligero paso, entre los muertos,
A su caverna va de retirada
Y lanzando al llegar triste rugido
Sobre la ardiente arena cae rendido,

Tal dormía el ejército cristiano
Al pie de la muralla destruida,
Cansado el invencible castellano
De la sangrienta lucha sostenida,
Cual la espuma del férvido Oceano
De las rocas al pie queda dormida.
Y no se descubría gente armada
Cuando salió el Ferí de una emboscada.

Con el furor que el impelido viento
Desgaja de los árboles la rama,
Se lanza al castellano campamento
Y prende en él la abrasadora llama
Y enciende el pabellón en un momento;
Y el fuego por las tiendas se derrama,
Y sube en espirales hasta el cielo
Rasgando de la noche el denso velo.

Y en medio del estruendo y la matanza
Discurren por las tiendas los infieles
Y en la dormida gente su venganza
Ejecutan feroces y crueles;

Y del Ferí la poderosa lanza,
Arrollando jinetes y corceles
La tierra de cadáveres sembraba
Y la sangre cristiana derramaba.

Y la sangre a torrentes se vertía,
Y de la muerte la visión horrenda
Envuelta en humo y polvo discurría
Del de Aguilar a la abrasada tienda
Que el fuego lentamente consumía.
Cae de sus ojos la funesta venda
Y ve su campo roto y destrozado,
En sueño y en olvido sepultado.

Cabalga en su corcel, vuela el magnate,
Se cubre con su férreo capacete,
Su noble corazón de gloria late,
Las árabes falanges acomete;
Se lanza en lo más recio del combate,
Y volando las plumas de su almete,
Se arroja a la batalla con denuedo
Desnudando la espada de Toledo.

Mas todo en vano fue, bárbaro estrago
El muslim por los reales esparcía;
En sus alas arrastra el aire vago
El fuego que las tiendas consumía,
Y convertido en un sangriento lago
El valle, que los muertos recibía,
Y en el polvo jinetes y trotones,
Humeaban los rojos pabellones.

Rompiendo con los suyos el de Ureña,
Derribando jinetes y alazanes,
Pudo llegar a una elevada peña
Cansado de la lucha y los afanes,
Y desplegando la cristiana enseña,
Con pocos de sus fieles capitanes,
Uniose con el conde de Cifuentes
Que el campo custodiaba con sus gentes.

Mas D. Pedro de Córdoba ya vuela
A vengar de los suyos la derrota
Hiriendo su caballo con la espuela,
Viendo su fuerza ya deshecha y rota:
Alto el escudo, en ristre la arandela,
Cubierto el pecho de acerada cota,
Revuelta atrás la roja sobreveste,
Al hombro el capellar azul celeste.

Tremolaba en su yelmo roja pluma
Que el viento desplegara y sacudía,
Gallardo joven con su peso abrumba
El guerrero alazán que el Betis cría.
Jadeante el corcel lanzaba espuma
Que por los frenos y el pretal corría;
De Aquiles el bridón así volaba
Cuando su carro por Ilión rodaba.

Era su yelmo rico y reluciente,
Adornado de varia pedrería,
Con las perlas que vienen del Oriente,
Con labores de fina argentería.
Entre sombras su luz resplandeciente,
En la batalla a sus soldados guía,
Y brilla del mancebo la armadura,
Como el ardiente fuego en noche oscura.

Puesta en el puño la siniestra mano
Pende a su lado la tajante espada,
Por artífice insigne castellano
Del Tajo en las orillas fabricada;
Va sonando el acero toledano
En rica vaina de marfil grabada;
Blancas las armas, cual nobel guerrero
Sin empresa, sin cifra ni letrero.

La istriada lanza acomodó en la cuja,
Y al campo se lanzó de los infieles
Haciendo que su hierro pase y cruja
Turbantes y dorados alquiceles
Que bordó con primor sutil aguja,
Y ricos mantos de forradas pieles.
Le vio en la lid y le gritó su padre:
«Vete y consuela a tu afligida madre;

No muera de mi casa la esperanza,
No perezca su gloria en este día.»
Pero era tarde ya, la férrea lanza
Que el de Benestepar fuerte blandía,
Y en medio del estrago y la matanza
Cual rayo destructor aparecía,
Hirió al noble corcel y el castellano
Soltó las riendas y apartó la mano.

Rompió su lanza y arrojola al viento,
En tierra descendió, junto a un peñasco,
Una flecha pasó, cortando el viento,
Y atravesole el acerado casco,
Y lanzose sobre él en un momento

Abdalha con su alfange de Damasco;
Cortole la cabeza y en su lanza
Clavola como enseña de venganza.

¡Oh musa, dame versos, dame flores
Para esparcir sobre la tumba fría
Del joven que mostraba en sus verdores
A sus abuelos emular un día!
Permíteme que entone sus loores;
Cuando en los muros de Aguilar nacía,
«Tú D. Pedro serás, dijo el destino,
Corto ha de ser el áspero camino».

Cual nace en el jardín purpúrea rosa
Al rojo despuntar de la mañana,
Y la halagan los céfiros hermosa
Desplegando sus hojas de oro y grana,
Mas del agricultor mano oficiosa
Corta la flor y por el aura vana
Disipado su aroma y desteñida
Al perder su color pierde la vida;

Como la nave, que dejando el puerto
Entre torrentes de nevada espuma,
Mirando el mar ante su quilla abierto
Las aguas corta cual ligera pluma,
Mas de improviso el cielo ve cubierto
En negra oscuridad, en densa bruma,
Y cae, después de resistir en vano,
En el seno del férvido Oceano,

Tal el mancebo, que ciñó la espada,
Siguiendo de su padre las banderas
En la sangrienta lucha de Granada
Y del fresco Genil en las riberas,
Perdió su triste vida, en flor cortada,
De la sierra en las ásperas laderas,
Cual lirio que, al pasar, tronchó el arado
O pisa el niño cuando está enojado.

Destrozadas las haces castellanas
Y deshecho su ejército altanero,
Resistía a las fuerzas mahometanas
El de Aguilar con su fulmíneo acero;
Cercábanle las huestes africanas,
Y solo el valeroso caballero,
Sostenía una lucha sempiterna
Cual león acosado en su caverna.

«El campo abandonad, dijo Rodrigo,

Pues ¿qué nos resta ya?» «Sólo la muerte,
Pero nunca ceder al enemigo
Sin sucumbir al brazo de la suerte.
Eterno lauro con valor consigo
Y moriré cual caballero fuerte,
Pues ¿qué dirán los nobles de Castilla,
Si vuelvo derrotado y con mancilla?»

Vio caer sus leales servidores
Y todos perecieron como buenos,
De su Dios y su patria defensores,
Al filo de los hierros agarenos.
Y vertida su sangre en los alcores
De la tierra bañó los hondos senos,
Y cayeron tras luchas y fatigas
Como caen en el campo las espigas.

Sólo quedaba D. Alonso, rota
En partes mil su poderosa lanza;
La aguda punta de su acero bota,
Aún sembraba el terror y la matanza;
Deshecho el peto y la acerada cota,
Perdida de salvarse la esperanza,
Muerto a sus pies el alazán guerrero
Aún lucha el invencible caballero.

Cierra con él en desigual combate,
El jefe del ejército africano,
Resiste de su lanza el rudo embate,
Herido, el indomable castellano;
Atraviesa el acero del magnate
El caballo que monta el mahometano;
El noble bruto a vacilar empieza,
En tierra cae y dobla la cabeza.

Saltó veloz el ofendido moro
Y desnudó la bárbara cuchilla
Que en el escudo dio golpe sonoro,
Donde la empresa del guerrero brilla:
El águila imperial en campo de oro
Al pie de los leones de Castilla
Y partida su adarga en tres cuarteles
Por antiguo blasón trece roeles.

Levantó el noble la sangrienta espada
Y, cubierta su mano con el guante,
Al darle en la finísima celada
El golpe descargó sobre el turbante,
Y sintiendo su sangre derramada
El hijo belicoso del Levante,

Arrojando el acero de Damasco
Que hundir pudiera el acerado casco,

El puñal desnudó que al diestro lado
En la vaina de acero le pendía,
Que con sangre cristiana fue bañado
En la jornada atroz de la Ajarquía,
Y lanzando su estoque destrozado
El de Aguilar, que a su contrario vía
Con el rojo puñal en sangre tinto,
Sacó la daga de su férreo cinto.

Cual luchan en Marsilia dos dragones,
Enlazando las colas escamosas,
Tal combaten los fuertes campeones
Y resuena en las cumbres peñascosas;
Vienen a tierra como dos leones
En las llanuras secas y arenosas:
«Soy D. Alonso», repitió el guerrero,
«Y yo el Ferí», le respondió altanero.

Y al oír aquel nombre de venganza
Vio el noble la cabeza de su hijo
Enclavada en la punta de una lanza.
Ni pudo hablar, ni una palabra dijo,
Y perdiendo su última esperanza,
Sin resistir aquel dolor prolijo,
Vio el universo para él desierto
Y cayó como cae un cuerpo muerto.

Será eterna y sagrada su memoria
En cuanto baña el mar y Cintio dora,
Para siempre inmortal será su gloria
Mientras preceda al sol la blanca Aurora
Y guardará en sus páginas la historia,
El triste llanto con que España llora
La pérdida tan triste y dolorosa
De un hijo por quien ella fue famosa.

¡Oh cara, ilustre prenda, quién pudiera
Tu ingenio y tu valor mayor que humano
En voz cantar que perdurable fuera
Por todo cuanto abraza el Oceano!
Que si el acerbo fin no previniera
El largo paso de tu orgullo ufano,
Tú fueras, D. Alonso, en todo el mundo
Mayor que fue tu hermano sin segundo.

Cayeron los valientes campeones
Al pie de aquella gótica muralla

Y fueron arrollados sus pendones
Y deshecho el arnés, rota la malla,
Y diezmada la flor de sus legiones,
Quedó su juventud en la batalla.
Su pérdida lloró Castilla entera
Porque el año perdió su primavera.

Introducción histórica

Del abismo en los senos escondido
Poderoso castillo está fundado,
De triple almena y foso guarnecido
Y de altas torres por doquier cercado;
Y su cimiento viejo y carcomido,
De Aqueronte a la margen fue sentado:
Digna morada al ser que en ella habita
La que el furor y el odio siempre excita,

La que viste de luto a las naciones
Y guerra y destrucción siembra en su suelo,
La que entre sí destroza los campeones
Y muerte arrastra en su ligero vuelo.
Ella es quien oscurece los blasones,
Ella quien de las madres es el duelo,
En ruina los imperios precipita,
El odio y los rencores ella irrita.

Las leyes rasga con sangrienta mano,
Cetros y tronos en el polvo hundiendo,
Es la enemiga del linaje humano
Larga copia de males esparciendo;
Es quien hace enemigo a un pueblo hermano
Ira, venganza y ambición vertiendo,
Es, en fin, la Discordia tan temible,
Furia hasta en el infierno aborrecible.

Es la horrible Discordia fementida,
Llamas arroja por su vista ardiente,
Es la Discordia con la sien ceñida
De sangrientos cabellos de serpiente;
De lanzas sobre un haz está tendida,
El más leve rumor doquiera siente,
Su mano agita vengadora tea,
Muerte y desolación sólo desea.

Lleva una copa en la sangrienta mano,
De males llena y de venganza henchida,
Y de ella vierte en el linaje humano
El odio y la ambición aborrecida;

Soberbia y vanidad, orgullo vano
La copa encierra, de áspides ceñida;
La sangre y hiel rebosa allí mezclada
Con tósigo mortal emponzoñada.

El poderoso rey del centro oscuro,
Ángel que fue del cielo derribado,
Víctima loca de su orgullo impuro,
Del Averno a los senos arrojado,
De la Discordia se acercaba al muro;
Sobre sus negras alas elevado
Llegó al umbral y la ferrada puerta
Sobre estridentes goznes giró abierta.

Tembló al estruendo el infernal monarca,
Tembló el viejo castillo en su cimiento,
Tembló Caronte en su escondida barca,
Tembló el abismo en su profundo asiento;
Cuanto el averno en sí cierra y abarca,
Cual hojas agitadas por el viento,
Temblaron; la Estigia cenagosa
Detuvo su corriente perezosa.

La Discordia tembló, su rostro horrendo
Elevó desde el lecho en que yacía,
Y al príncipe rebelde descubriendo,
En él fija la vista detenía.
El tentador en vivo fuego ardiendo,
Cólera respirando y saña impía,
Y con voz que al infierno mismo altera,
A la Discordia habló de esta manera:

«Bien recuerdas el día lastimoso
En que nuestros pendones elevados
Contra el Señor y Rey tan poderoso,
Por sus legiones fueron arrollados;
En medio del estruendo fragoroso
Al hondo abismo fuimos arrojados;
Funesto día que grabose eterno
Con negra piedra en el profundo Averno.

Quise arrastrar en mi desobediencia
Al padre y tronco del linaje humano;
Desoyendo la voz de su conciencia
A la rama fatal llevó la mano;
Gustó por fin del árbol de la ciencia,
Con su loca soberbia el fruto vano,
Fruto que a su perdición le llevaría
Porque era de fatal sabiduría.

El Señor, que en el cielo desplegado
Más allá de los aires tiene asiento,
Que calma con su voz el mar hinchado,
Cuando sus ondas embravece el viento.
El Señor cuyo trono está sentado
Sobre la nube dócil a su acento,
Tendió su vista al valle de amargura
Y vio su predilecta criatura.

Viola de males y dolor cercada,
Y vio que su existencia cada día
Estaba a muerte condenada,
Y vio que el crimen y el dolor hería
A su posteridad en él manchada,
Y vio que sangre y lágrimas vertía,
Del universo fábrica preciosa,
La primer criatura y más hermosa.

Cual suele horrible tempestad undosa
Los mares agitar en su hondo asiento,
Y ola tras ola elévase espumosa
Y ruge el aquilón con ronco acento,
Y surcando la niebla vagarosa
El rayo cruza y atraviesa el viento,
Con el trueno los antros retumbando
Y el relámpago ardiente centellando,

Y cálmense las ondas de repente
Y vuelve a su reposo el mar hinchado,
Y Febo presta ya su lumbre ardiente
Al cielo, ora de nubes despejado;
Deslízase dulce y mansamente
El mar por leves brisas agitado
Y sus aguas en paz surcan las naves
Cortando el aire las pintadas aves,

Así la indignación de Dios calmose,
Cual calma su furor mar espumante,
Y su cólera ardiente sosegose,
Cual nube que ocultara el sol radiante;
Habló, y a sus acentos suspendiose
De arcángeles el coro en el instante,
Retemblando a su vez en son profundo
Los ejes de la fábrica del mundo.

Al hombre sus destinos anunciaba
Del Supremo en la mente concebidos,
Sus secretos designios revelaba
Del Eterno en los senos escondidos,
Al trabajo y sudor le condenaba,

Paz y reposo por su mal perdidos;
Y el suelo que a sus plantas florecía
Sólo abrojos y espinas le daría.

Y corriendo las horas presurosas
Del tiempo el veloz curso arrastraría
En sus ligeras alas vagarosas
De gloria y redención el santo día,
Y que nuestras cervices orgullosas
La planta de una Virgen hollaría,
Madre de Dios y Virgen bienhechora,
Consuelo del mortal que fiel la implora.

Y corrieron los siglos y olvidando
De la ley natural los fundamentos,
Los hombres sus pasiones escuchando
Erigieron suntuosos monumentos,
Y a sus deidades templos elevando
Sobre la arena fundaron sus cimientos;
Y ofreciendo cruentos sacrificios
Culto prestaron a sus propios vicios.

Y el humo del incienso llegó al cielo
En las sangrientas aras esparcido,
Y la sangre del templo cubrió el suelo
A profanas deidades erigido;
Y el ángel protector en raudo vuelo
Abandonando el suelo maldecido,
Cubrió su rostro y apartó la vista
Y a la mansión llegó do siempre asista.

Y cumpliéndose el plazo señalado
Y la tierra en tinieblas sumergida
Y el vicio por doquier entronizado
Y la virtud oculta y perseguida;
De su destino el hombre ya olvidado
Y la luz natural oscurecida,
De gloria y redención se oyó la hora
En las comarcas que el Oriente dora.

Y el eco resonó hasta los desiertos
De la sedienta Libia y Mauritania
Y de la Escitia en los peñascos yertos,
Y en los salvajes bosques de Germania
A romana legión jamás abiertos,
Y en las nevadas rocas de Britania,
En la soberbia Albión, en Caledonia,
Y en los perpetuos hielos de Laponia;

Y en las costas sonó y el mar de España,

Y del dorado Tajo en la ribera
Y en la que el Betis con sus ondas baña
Amena y fertilísima pradera
Y del Pirene en la áspera montaña,
Cuna y solar de la nación ibera,
Del Ebro claro en la tranquila orilla
Y en los feraces campos de Castilla.

Esparta en el Taigeto edificada,
Que a la Grecia forjaba las cadenas,
Corinto sobre el istmo levantada,
Argos y Olimpia, Tebas y Micena,
Bizancio sobre el Bósforo fundada,
La ciudad de Minerva, sabia Atenas,
La falsa y corrompida nación Jonia,
La fuerte y poderosa Macedonia,

La rica Tiro que sobre los mares
Su imperio dilatava y extendía,
La que en frágiles leños sus hogares
A apartadas regiones conducía;
La que a Hércules el libio erigió altares,
Sidón de su esplendor émula un día,
Oyeron a su vez la buena nueva
Que aquella vieja sociedad renueva.

El orgulloso pueblo rey del mundo,
Sobre siete colinas elevado,
De gloria y deshonor suelo fecundo,
En sangre ajena y propia mancillado,
El que llevó su imperio al mar profundo,
Y el orbe tuvo ante sus pies postrado,
Vio al rojo Tíber amagar sus lares
Y vacilar sus ídolos y altares.

De Vesta vio apagarse el fuego ardiente,
Temblar el Quirinal y el Palatino,
Y el viejo Capitolio oscilar siente
El escudo de Rómulo Quirino,
Y la ciudad que baña el Simoente
El Paladión fatal a su destino;
Y el carro de Júpiter sonoro
Giró en los ejes de sus ruedas de oro.

¿Es que de Breno la pesada lanza
Audaz se clava en la ciudad abierta?
¿Es que su espada arroja en la balanza
Y en precio pone la ciudad desierta?
¿Es que de Epiro el rey a Roma avanza?
¿Es que el cartaginés llega a su puerta?

¿Es que del circo en la sangrienta arena
Del esclavo Espartaco el grito suena?

No, que de Roma la pasada gloria
Será en densas tinieblas sepultada
Y el ara temblará de la victoria
En la eterna ciudad abandonada;
De su esplendor no quedará memoria
Y yacerá en el polvo derribada,
Ruina será el antiguo Capitolio
Y ruina de los césares el solio.

En la cima del Gólgota sangriento
Una cruz afrentosa se elevaba,
Rugía el aquilón con ronco acento
El aire tristemente resonaba,
Y temblando Salem en su cimiento
Del sacro templo el velo se rasgaba;
Sus losas los sepulcros entreabrieron
Y con fragor las piedras se movieron.

El claro sol su luz oscurecía
Por no ver los desórdenes del suelo,
Y su carroza de oro detenía
Ocultando su rostro en denso velo;
Sus términos airado el mar rompía
Elevando sus olas hasta el cielo,
Su impetuosa corriente dilatando
Y a la tierra sus ondas azotando.

Y volviendo a su cárcel tenebrosa
Las furias del abismo desatadas,
A la negra tiniebla pavorosa
Con nuevo espanto fueron arrojadas,
Y del averno sima cavernosa
En el oscuro centro encadenadas;
La tierra abandonaron torpemente
Que rescatara al fin sangre inocente.

Los ídolos cayeron aquel día
Y derribados fueron los altares,
Y Roma se aprestó a la guerra impía
Por la defensa de sus dioses lares;
Y odio y ciego furor y saña impía
Esparció el fanatismo en los hogares
De la patria cruel, en grato asilo
De Curio, de Fabricio y de Camilo,

Y el ciego y el cruel pueblo romano,
Al carro de los Césares uncido,

Sujeto al férreo yugo de un tirano,
A los pies de Calígula rendido,
Víctima de Nerón y Domiciano,
Por el imbécil Claudio envilecido,
Al sangriento espectáculo corría
Y ¡a las fieras, cristianos!, repetía.

La púrpura imperial ya desgarrada,
Roto de Augusto el cetro poderoso,
El águila orgullosa ya humillada
Por el persa y el godo belicoso,
La potencia romana dilatada
Hasta el Indo y el Ganges caudaloso,
Vio arrollados sus ínclitos pendones
Y el rostro vio volver a sus legiones.

Saliendo de la Escitia y la Germania,
Del inhospitalario Ponto Euxino,
De la nevada Albién y la Britania
Nueva raza que cede a su destino,
Lanzose hasta la Libia y Mauritania;
Y en el romano imperio abrió camino
El vándalo y el suevo y el alano,
El escita cruel, godo y germano.

Cubrieron los bárbaros la tierra,
Bajo sus pies estremeciose el suelo
Y al mundo amenazó sangrienta guerra
De sus corceles el fogoso vuelo;
Ante su paso enmudeció la tierra,
Ante su vista oscureciose el cielo,
Y las fieras huyeron pavorosas
A sus negras cavernas tenebrosas.

Y ¿Roma al precipicio conducida,
De sangre y de placeres embriagada,
Al borde de la sima adormecida,
Ya de su gloria antigua está olvidada?
¿En dónde está su juventud temida?
¿Por qué no empuña ya la ardiente espada?
¿Dónde está su valor, dónde su historia?
¿Qué fue de su grandeza y de su gloria?

Que ya de Atila llegan los leones
Y hollando están del Tíber las riberas,
De Genserico avanzan los pendones
Y cubren ya de Italia las praderas;
Y del godo Alarico las legiones,
Al aire desplegadas sus banderas,
Pisan el Quirinal y el Esquilino,

Clavan sus tiendas ya en el Palatino.

Roma cayó, cayó el poder romano,
Tronos, imperios, Césares cayeron;
Sus ruinas arrastrando el polvo vano,
Las torres a su peso se rindieron;
Esclava del escita y del germano,
Luto y desolación su faz cubrieron,
Y presa de enemigos escuadrones
Partieron sus despojos las naciones.

Y los godos a España descendieron,
Tremoló su pendón en Barcelona,
Sus armas y blasones extendieron
A Arlés, a la Provenza y a Narbona;
Los vándalos y galos sometieron,
Clavaron su estandarte en Carcasona,
Y de Toledo al muro brilló un día
La Cruz que Recaredo alzado había.

Lanzó el infierno en su profundo seno
Un grito de rencor y de venganza,
Lleno de horror y de terrores lleno
Hacia la tierra el fanatismo avanza;
En el Asia esparció letal veneno,
En Arabia fatal semilla lanza
Y tembló la ciudad de Constantino
Al soplo airado del furor divino.

Y los hijos del Yemen cual torrente
Que rompe desbordado su ribera,
O cual cruza los aires rayo ardiente
Estremeciendo la celeste esfera,
Temblar hicieron el tranquilo Oriente,
Y en Bagdad y en Damasco su bandera
Triunfante tremoló; del Nilo al Ganges
Dominaron la tierra sus falanges.

Después... la antigua goda monarquía,
Que del cántabro mar al gaditano
Sus armas dilataba y extendía,
El fuerte y poderoso trono hispano,
El trono que Toledo alzara un día,
El reino que humilló el poder romano,
Su cetro, su corona hundirse veo
En las sangrientas ondas del Leteo.

Y rindieron las cuchillas agarenas
Cuanto circunda el mar y el Betis baña;
Su indómita cerviz a las cadenas

Del hijo de Ismael dobla la España;
De Sansueña y Toledo las almenas
Derriba de los árabes la saña,
Y tinto en sangre arrastra el Guadalete
El carro y el caballo y el jinete.

De Pirene en las rocas escarpadas
Se estrella la soberbia sarracena
Y crúzanse en el aire las espadas
Y el grito de venganza ya resuena,
Y triunfan las legiones arrolladas
Del Guadalete en la sangrienta arena;
Huye a su vista el hijo del desierto,
De polvo y sangre y de sudor cubierto.

Y del dorado Tajo a la ribera
Llegaron del Rey Casto los pendones,
Y en la ciudad de Ulises su bandera
Triunfante tremolaron sus legiones;
Rotas fueron sus haces en Junquera,
Pero unidos castillos y leones
Huye el árabe infiel de su pujanza
Y su valor decrece y su esperanza.

El triunfo de las Navas y el Salado
Vengó del Guadalete la mancilla;
El manto de Almanzor ya desgarrado,
Abren sus puertas Córdoba y Sevilla.
En árabe mezquita enarbolado
El glorioso estandarte de Castilla,
Rompióse de Granada en las almenas
El postrer eslabón de sus cadenas.

Llegaron de Castilla los pendones
A las desiertas playas africanas
Y vio el Tirreno mar sus galeones,
Los vio surcar las ondas sicilianas;
Y vio temblar del galo las legiones
Al brillo y al fulgor de armas hispanas,
Y a los pies de Gonzalo vio a los reyes
Y vio a la Italia obedecer sus leyes.

Pues bien; vuelve la vista a esas praderas
Que el claro Betis con sus ondas baña,
Ve cuál dejan de Hesperia las riberas
Y de Pirene la áspera montaña,
Tremolan de Castilla las banderas
Lejos ya de las costas de la España,
Que no bastaba un mundo a su deseo
Y otro surgió del seno de Nerco.

A su prosperidad quiero oponerme
Y derribar la cruz de sus almenas;
El blando sueño de la gloria duerme
Quiero forjar de nuevo sus cadenas;
Ni un punto me es dado detenerme,
Reanímense las huestes agarenas,
Hombres produzca la desnuda tierra,
Armados brote la escarpada sierra.

Tu esclava soy, repuso la Discordia,
Ley de tu voluntad y tu deseo,
Y el sol alumbrará de nuestra gloria
En las negras orillas del Leteo,
Y el fantasma fugaz de la victoria
Agitando su falso caduceo,
Hacia la triste España se encamina
Y a sus fértiles costas se avecina.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite
el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

